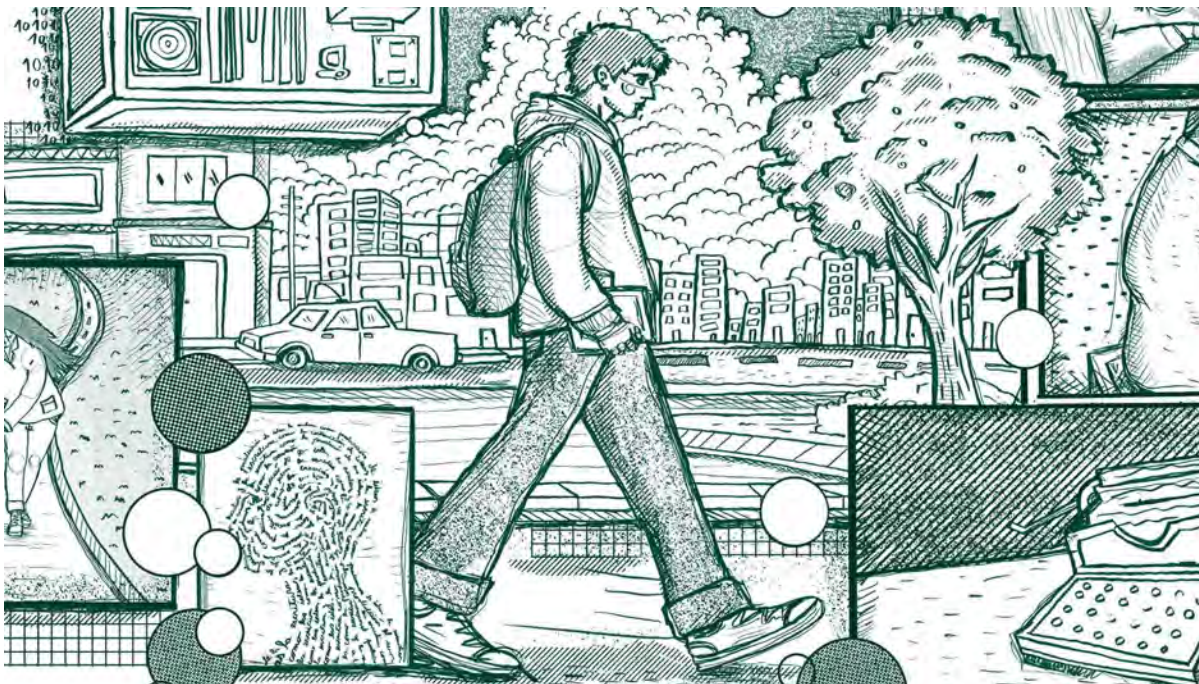




Narradores

Como un animal agazapado

“Nos hemos vuelto más adultos frente a la radio y la fotografía.
Algo que también necesitamos con internet”.

No como el especialista ni como el tecnólogo que no es y sí como el poeta que afirma ser, Werner Herzog se lanza como un cazador solitario que, en vez de depredar, intenta proteger no a ese animal agazapado que llama “verdad” sino a la posibilidad de buscarlo.

Entre anécdotas de rodajes y sucesos improbables, el (no solamente) documentalista reivindica la verdad como humana vocación de búsqueda. Y si la ficción artística es uno de los nombres o las vías de esa búsqueda, tal vez toda la serie de ensayos breves publicados bajo el título *El futuro de la verdad* no sea otra cosa que una apología de la ficción. Frente a la proliferación de imágenes realistas que propician noticias falsas sobre hechos inexistentes, que *reemplazan* la realidad y contribuyen intencionalmente a la confusión o el malentendido, Herzog reivindica la capacidad del cine y de la literatura (y del arte en general) de iluminar –aunque más no sea– de manera fugaz y apenas algo de ese animal esquivo.

Por eso, también, estos párrafos, antes que un comentario del libro, quizás no sean otra cosa que una apología de los interrogantes e ideas que fomenta el bávaro octogenario.



El futuro de la verdad de Werner Herzog, editado en español por la Editorial de la Universidad Diego Portales en 2026.

Es ir o dejarse llevar

Sucede en la cuarta temporada de la delirante serie *The Office*: el empático y estúpido Michael Scott –jefe de una sucursal de la empresa Dunder Mifflin– maneja un auto alquilado y se deja guiar por el GPS. Su fiel ladero Dwight le advierte que no se tome tan literalmente la indicación de girar a la derecha, pero Michael ejecuta con irracional fidelidad las instrucciones del navegador, se desvía del camino y avanza: el auto se hunde con ellos en un lago. El capítulo se estrenó en 2007.

A mitad de enero del año pasado, un argentino murió en el hospital municipal Souza Aguiar de Río de Janeiro. Un mes antes había sido baleado cuando regresaba con su familia del Cristo Redentor: guiado por el GPS ingresó en una *favela*, donde lo abordaron para robarle y le dispararon con un arma de fuego. La víctima tenía una agencia de viajes y había sido funcionario de Turismo.

Paradójico o no, de la risa a la tragedia, no hay moraleja. Sí una pregunta que, con Herzog, pronunciamos en voz alta: “¿Cuánto queremos delegar? ¿Cuánta de nuestra autonomía estamos dispuestos a ceder? (...) ¿queremos dejar de pensar, de soñar?”.

Siempre es hoy

Si la secularización del saber y la explicación científica del mundo dieron “muerte a Dios”, el siglo XX demolió las pretensiones de objetividad del –rápidamente– viejo positivismo. Se diversificaron las verdades y, sobre esa tierra abonada de relativismo, la verdad –lo que sea que eso significara– dejó de ser la propiedad de unos pocos

autorizados. Pasando el cuarto de siglo actual, internet nos encuentra en todas partes y, con la ubicuidad de los *smartphones*, se va doblegando el último principio de autoridad que resguardaban las instituciones educativas y del conocimiento, y también el de las tradicionales empresas informativas.

Pero a Herzog no le preocupa ese “mundo perdido”. Escribe desde la fascinación y el magnetismo que le producen las aplicaciones basadas en “inteligencia artificial” y el inconmensurable océano de información que es internet. En especial, le atrae la capacidad de las tecnologías generativas de producir escenarios e imágenes que no han ocurrido como si realmente hubieran sido.

Por eso, tal vez la única debilidad del libro radique –llevado por el afán de despejar cualquier interpretación de que “todo pasado fue mejor”– en haber establecido correspondencias entre las *fake news* actuales y algunas situaciones y personajes históricos, poniendo por caso los de Ramsés II (que se proclamó ganador de una batalla en la que fue derrotado) o la Donación de Constantino (el documento apócrifo con el que la Iglesia católica se hizo con el derecho de propiedad sobre vastos territorios de Italia).

Por supuesto: la mentira y el engaño no son nuevos. Todavía más: podemos aceptar de buena gana que no existe nada (tan) nuevo bajo el sol. Pero la homologación de pretéritas patrañas con las actuales *fake news* diluye lo histórico de cada fenómeno y lo propio del presente en el océano indiferenciado del tiempo.

Ver para creer

Hay, en la concepción que defiende Herzog, cierta condición estética de la verdad. El cineasta se lanza al mundo con la máquina de mirar con un afán que tiene más que ver con indagar que con el de capturar. Tal vez, si quisiéramos decirlo con palabras nítidas, no estaría mal apelar a estas: “una fotografía no es el mero resultado del encuentro entre un acontecimiento y un fotógrafo; hacer imágenes es un acontecimiento en sí mismo”. Son de Susan Sontag¹, pero Herzog podría fingir que son suyas.

Pero, entonces, si para crear imágenes como fotos y secuencias como escenas ya no hace falta una cámara, ¿qué significa *hacer* imágenes si ese *hacer* ya no proviene de una cámara, es decir, del mundo? Este interrogante conduce al problema de la verdad, en los términos de Herzog. Porque la verdad –afirma– es *extática*: consiste en salirse de uno, de sí mismo, en ir hacia otra cosa. Y el uso de la cámara para Herzog tiene que ver con eso, con interrogar la realidad. Es ese recorrido, ese desplazamiento extático, lo que define el gesto de verdad para Herzog. No se trata de una cuestión empírica y de encontrar la verdad en los hechos, pues los hechos –a lo sumo– no son sino el punto de partida para ir hacia la verdad.

Una sola vale más que mil

Trillada y ampliamente aceptada, la frase iguala el valor de “una imagen” a “1000 palabras”. Se pronuncia con soltura y desenfado. Es que, como advertía Sontag, “una fotografía pasa por prueba incontrovertible de que sucedió algo determinado”. La foto

¹ *Sobre la fotografía*, Susan Sontag. Alfaguara, 2006.

Num. 18, – ISSN 2683-7129 (en línea)

señala el hecho, lo pone frente a todos como tal. No como las palabras, que siempre vienen a poner una interpretación, y cuando no, al menos un relato.

Dadas las cosas, la proliferación de imágenes tan realistas que es difícil advertir que son falsas es, obviamente, un problema de múltiples implicancias. Considerando que es viable crear las *pruebas* de cosas que no han sucedido, este problema es, en primer término, de orden político: la posibilidad muy concreta de crear acontecimientos con prescindencia de los hechos supone una amenaza para las democracias y la libertad.

No obstante, más allá de este asunto dramático y político, Herzog pone el acento en lo de fondo y se interroga –y nos dona su pregunta–: ¿cuánto de verdad concedemos a los hechos?



I'm not there

Hace 20 años, Todd Haynes estrenó su película sobre la figura de Bob Dylan. A diferencia de las *biopics* que abundan en las pantallas actuales y que intentan ser fieles a los hechos (transmitir información, partiendo del parecido de los actores con el personaje representado), *I'm not there* es un retrato hecho con seis rostros distintos. Un niño afroamericano, el finado Heath Ledger o la muy femenina Cate Blanchet son algunas de las máscaras que componen el rostro del músico.

Como entretenimiento, hay producciones mucho mejores. La de Haynes es un experimento artístico que, en vez de buscar la reproducción parcial o total de los hechos, se olvida un poco (bastante) de ellos para internarse en la indagación profunda de su significado. Cada actor es un personaje. Y cada personaje es una *faceta* del poliédrico Bob Dylan. Menos por aproximación que por distanciamiento, se hace posible reconocerlo.

Herzog afirma: “Solo a través de la estilización, la invención, la poesía y la fantasía se puede explorar una capa más profunda de verdad, una que nos permita, más allá de la transmisión de información pura, un eco lejano de algo que pueda iluminarnos interiormente”. Que Bob Dylan *no esté ahí* hace posible que podamos verlo, aunque no entendamos completamente qué vemos.

But why?

Fotograma de la película *Encounters at the End of the World*.

En *Encounters at the end of the world* (2007), el cineasta Herzog viaja hasta la Antártida para conocer el continente austral y el trabajo científico. “Todos hablaban de pingüinos, pero mis preguntas no tenían respuesta fácil”, anticipa. Uno de los personajes a los que conoce es el doctor Ainley, que lleva 20 años estudiando sus vidas y comportamientos.

“No digo que pueda creerse Napoleón, pero ¿puede volverse loco un pingüino?”, lanza Herzog. El científico reflexiona unos momentos y al cabo responde que, en ocasiones, se ha malinterpretado el comportamiento de la hembra cuando empolla, y que a veces algún pingüino, sin motivo explicable, se aparta tanto del alimento como de la colonia: se introduce hacia el interior del continente donde, solo, solo encontrará la muerte. La película muestra a uno de estos, diminuto y solitario, en la inmensidad del plano.

Num. 18, – ISSN 2683-7129 (en línea)

La pregunta que Herzog se hace y comparte con el espectador es un agujero insoportable para algunos. “Error biológico”, “pingüino deprimido”, “pingüino nihilista”, “pingüino desorientado”, “pingüino alienado”, “pingüino se dirige a las montañas ¡EXPLICADO!” son algunos de los títulos con que se difundió ese fragmento en videos cortos de TikTok y YouTube, intentando explotar por separado su fuerza y conjurar su inquietante sinsentido. Darle un nombre a la anomalía permite tratar al hecho como tal. Pero ahí donde todo terminaría para otro observador, comienza para Herzog la verdad: su búsqueda, irresoluble tal vez.

Por eso, la imagen angustiante de lo inconmensurable subyuga al espectador, un coro de música sacra ortodoxa, solemne y majestuosa se une con la voz del director, que parece venir desde un sitio muy profundo para hacer retumbar la pregunta “Pero... ¿por qué?”. Y sentimos que a la búsqueda extática y estética, desde algún lugar, nos llama ese animal agazapado que es la verdad.

Este artículo de la revista Scholé es producto del trabajo colaborativo entre los autores y los diferentes equipos de producción del ISEP.

Autoría: Marcio A. Olmedo V.

Equipo de producción de la revista

Dirección: Laura Percaz

Producción de contenidos: Lila Far

Edición: Martín Schuliaquer

Diseño e ilustración: Facundo Fernández

Maquetación: Daniel Wolovelsky

Desarrollo web: Santiago Rubiolo

Coordinación de producción: Matías Pardo

Coordinación de infraestructura digital: Paula Fernández

Autoridades

Martín Llaryora | Gobernador

Myriam Prunotto | Vicegobernadora

Horacio Ademar Ferreyra | Ministro de Educación

Victoria Flores | Secretaria General de Ambiente, Economía Circular y Biociudadanía

Luis Sebastián Franchi | Secretario de Educación

Gabriela Cristina Peretti | Secretaria de Innovación, Desarrollo Profesional y Tecnologías en Educación

María Eugenia Rotondi | Directora General de Innovación Educativa

Nora Esther Bedano | Secretaria de Coordinación Territorial

Claudia Amelia Maine | Secretaria de Fortalecimiento Institucional y Educación Superior

Lucía Escalera | Subsecretaria de Administración

Equipo de gestión del ISEP

Adriana Fontana | Directora

Lucía Cugini | Secretaria Académica

Victoria Farina | Secretaria de Organización Institucional

Laura Percaz | Secretaria de Contenidos Educativos

Cómo citar este material

Olmedo Villalobo, M. A. (2026). Como un animal agazapado. *Scholé* n.º 18. Para el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos, Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.

ISSN: 2683-7129

Este material está bajo una licencia Creative Commons ([CC BY-NC 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/))

